KORIMBA.COM

STORY IN SPANISH

GUY DE MAUPASSANT

MISERIA HUMANA

Jean d´Espars se animaba:

-Déjenme en paz con esa tonta felicidad, esa dicha de imbéciles que satisface una simpleza cada vez más vulgar, un vaso de viejo vino o el roce de una hembra. Yo les digo, yo, que la miseria humana me destroza, que la veo por todas partes, con ojos agudos, que la encuentro donde ustedes no perciben nada, ustedes, que van por la calle con el pensamiento en la fiesta de esta tarde o en la fiesta de mañana.

Miren, el otro día, avenida de la Ópera, en el medio de un público bullicioso y jovial que el sol de mayo embriagaba, vi pasar de repente a un ser, un ser innombrable, una vieja curvada en dos, vestida de andrajos que fueron vestidos, cubierta con un sombrero de paja negro, completamente despojada de sus viejos ornamentos, cintas y flores desaparecidas desde tiempos indefinidos. Y ella iba arrastrando sus pies tan penosamente, que yo sentía en el corazón, tanto como ella misma, más que ella misma, el dolor de todos sus pasos. Dos bastones la sostenían. ¡Ella pasaba sin ver a nadie, indiferente a todo, al ruido, a la gente, a los coches, al sol! ¿A dónde iba? ¿Hacia qué cuchitril? Llevaba algo envuelto en un papel, que colgaba del extremo de una cuerda. ¿Qué? ¿Pan? Sí, sin duda. Nadie, ningún vecino hubiera querido hacer por ella este recorrido que ella había emprendido, ella, este viaje horrible, de su buhardilla al panadero. Dos horas de camino, al menos, para ir y venir. ¡Y qué camino doloroso! ¡Un calvario más terrible que el de Cristo!

Levanté los ojos hacia los techos de las casas inmensas. ¡Ella iba allá arriba! ¿Cuándo llegaría allí? ¿Cuántos descansos jadeantes sobre los peldaños, a lo largo de la pequeña escalera negra y tortuosa?

¡Todo el mundo se volvía para mirarla! Murmuraban: “Pobre mujer”, ¡después seguían! Su falda, su harapo de falda, la arrastraba sobre la acera, apenas unida a su vestigio de cuerpo. ¡Y había un pensamiento allá dentro! ¿Un pensamiento? No, ¡pero sí un sufrimiento espantoso, incesante, agobiante! ¡Oh! La miseria de los viejos sin pan, de los viejos sin esperanza, sin niños, sin dinero, sin ninguna otra cosa que la muerte delante de ellos, ¿piensan ustedes en eso? ¿Piensan en los ancianos ansiosos de las buhardillas? ¡piensan en las lágrimas de esos ojos apagados, que fueron brillantes, emotivos y joviales, en otro tiempo?

Se había callado algunos segundos; después continuó:

-Toda mi “alegría de vivir”, para servirme de la palabra de uno de los más poderosos y más profundos novelistas de nuestro país, Emile Zola, que ha visto, comprendido y contado como nada la miseria de los ínfimos, toda mi alegría de vivir ha desaparecido, se ha desvanecido de repente, hace tres años en otoño, un día de caza, en Normandía.

Llovía, iba solo, por la llanura, por los grandes labrados de barro fértil que se deshacían y resbalaban bajo mi pie. De vez en cuando una perdiz sorprendida, acurrucada contra un montículo de tierra, levantaba vuelo pesadamente bajo el diluvio. Mi disparo, apagado por la cortina de agua que caía del cielo, restallaba apenas como un latigazo, y la bestia gris se desplomaba con sangre sobre sus plumas.

Yo me sentía triste hasta el punto de llorar, de llorar como las nubes que lloraban sobre el mundo y sobre mí, empapado de tristeza hasta el corazón, abrumado de cansancio hasta ya ni levantar mis piernas embadurnadas de arcilla.; e iba a volver cuando observé en el medio de los campos el cabriolet del médico que seguía un atajo.

El coche negro y bajo, cubierto de su capota redonda y tirado por un caballo pardo, pasaba como un presagio de muerte errante en la campiña en ese día siniestro. De repente, se paró; la cabeza del médico se asomó y gritó:

-¡Eh! ¿Señor d´Espars?

Fui hacia él. Me dijo:

-¿Le tiene usted miedo a las enfermedades?

-No.

-¿Quiere usted ayudarme a asistir a una diftérica? Estoy solo, y sería necesario sujetarla mientras le arranco las infectas membranas de su garganta.

-Voy con usted -le dije. Y subí a su coche.

Él me contó esto:

La angina, la horrible angina que ahoga a los hombres desdichados, había penetrado en la granja de los Martinet, ¡unas pobres gentes!

El padre y el hijo habían muerto a comienzos de semana. La madre y la hija se morían ahora también.

Una vecina que las cuidaba, sintiéndose también indispuesta de repente, había huido la misma víspera, dejando la puerta abierta y las dos enfermas abandonadas sobres

sus camastros de paja, sin nada que beber, solas, solas, jadeando, extenuadas, agonizantes, ¡solas desde hace veinticuatro horas!

El médico acababa de limpiar la garganta de la madre, y la había hecho beber; pero la niña, enloquecida por el dolor y por la angustia de los sofocos, había hundido y escondido su cabeza en su colchón sin consentir dejarse tocar.

El médico, acostumbrado a estas miserias, repetía con voz triste y resignada:

-No puedo, a pesar de todo, pasar mis jornadas en casa de mis enfermos. ¡Cristo! Esas oprimen el corazón. Cuando pienso que han quedado veinticuatro horas sin beber.

El viento soplaba la lluvia hacia sus lechos. Todas las gallinas se habían puesto al abrigo en la chimenea. Llegamos a la granja. Ató su caballo a la rama de un manzano delante de la puerta; y entramos.

Un fuerte olor a enfermedad y humedad, fiebre y moho, hospital y cueva, nos impregnó la garganta. Hacía frío, un frío de ciénaga en esta casa sin fuego, sin vida, gris y siniestra. El reloj estaba parado; la lluvia caía por la gran chimenea cuyas cenizas habían sido esparcidas por las gallinas y se oía en una esquina sombría un ruido de fuelle ronco y rápido. Era la niña que respiraba.

La madre, tendida en una especie de caja grande de madera, la cama de los campesinos, y escondida por viejos cobertores y viejos trapos, parecía tranquila. Giró un poco la cabeza hacia nosotros.

El médico le preguntó:

-¿Tiene usted una vela?

Ella respondió con una voz baja, fatigada:

-En el aparador.

Él cogió la luz y la llevó al fondo de la habitación, hacia la litera de la niña.

Jadeaba, las mejillas hundidas, los ojos brillantes, los cabellos enredados. ¡Horroroso!. En su cuello delgado y tirante, profundos huecos se formaban con cada respiración. Estirada sobre su espalda, agarraba con las dos manos los andrajos que la cubrían; y, tan pronto como nos vio, giró su cara para esconderse en el colchón.

La agarré por los hombros y el doctor, forzándola a mostrar la garganta, arrancó de ella una enorme piel blanquecina, que me pareció seca como el cuero.

Respiró mejor al momento, y bebió un poco de agua. La madre, apoyada en un codo, nos miraba. Balbuceó:

-¿Ya está?

-Sí, está.

-¿Vamos a quedar solas?

Un miedo, un miedo horrible hacía temblar su voz, miedo de este aislamiento, de este abandono, de las tinieblas y de la muerte que ella sentía tan próxima.

Yo respondí:

-No, mi valiente señora. Yo esperaré a que el señor Pavillon les haya enviado al guardia.

Y girándome hacia el doctor:

-Envíele a la madre Maudit. Yo la pagaré.

-Perfecto. La envío en seguida.

Me apretó la mano, salió y yo oí su cabriolet que se iba por la carretera húmeda.

Me quedé solo con las dos moribundas.

Mi perro Paf se había acostado delante de la chimenea negra, y me hizo pensar que un poco de fuego sería beneficioso para todos nosotros. Volví a salir, pues, para buscar madera y paja; y pronto un gran fuego iluminó hasta el fondo de la habitación la cama de la pequeña que comenzaba a jadear.

Y me senté, extendiendo mis piernas hacia el hogar.

La lluvia batía contra los cristales; el viento sacudía el techo; yo escuchaba el aliento corto, áspero, silbante de las dos mujeres, y el aliento de mi perro que suspiraba de placer, circulando delante del fuego vivo.

¡La vida! ¡La vida! ¿Qué era más que esto? ¡Estas dos miserables que habían siempre dormido sobre paja, comido pan negro, trabajado como dos animales, sufrido todas las miserias de la tierra, iban a morir! ¿Qué habían hecho? El padre estaba muerto, el hijo estaba muerto. Estos pordioseros, sin embargo, pasaban por buena gente que eran queridos y estimados, ¡gentes sencillas y honestas!

¡Yo observaba cómo se ahumaban mis botas y dormía mi perro, y en mí entró una alegría desconocida, profunda y orgullosa, al comparar mi suerte con la de estos esclavos!

La niña volvió a agonizar y de repente su respiración ronca se me hizo intolerable; me desgarraba como una sierra mordiendo mi corazón con cada jadeo.

Fui hacia ella:

-¿Quieres beber? -le dije.

Ella movió la cabeza para decir que sí, y le vertí en la boca un poco de agua que no tragó.

La madre, más calmada, se había girado para mirar a su niña; y he aquí que de repente un miedo me rozó, un miedo siniestro que me resbaló sobre la piel como el contacto de un monstruo invisible. ¿Dónde estaba yo? ¡Ya no lo sabía! ¿Soñaba? ¿Qué pesadilla me había embargado?

¿Era verdad que ocurrían cosas semejantes? ¿Qué se moría así? Y miraba en las esquinas sombrías de la choza como si hubiera esperado ver, acurrucado en un ángulo oscuro, una forma horrible, innombrable, espantosa. La que acecha la vida de los hombres y los mata, los carcome, los destruye, los ahoga; la que ama la sangre roja, los ojos encendidos por la fiebre, las arrugas y las marchiteces, los cabellos blancos y las descomposiciones.

El fuego se extinguía. Eché de nuevo leña y me calenté la espalda, dado que tenía frío en los riñones.

¡Al menos yo esperaba morir en una buena habitación, yo, con médicos alrededor de mi cama, y medicamentos sobre las mesas!

¡Y estas mujeres habían quedado solas veinticuatro horas en esta cabaña sin fuego, con sólo agua para beber, y agonizando sobre la paja…!

De repente escuché el trote de un caballo y el circular de un coche; la guardia entró, tranquila, contenta de haber encontrado trabajo, sin asombrarse delante de aquella miseria.

Le dejé algún dinero y me largué con mi perro; me escapé como un malhechor, corriendo bajo la lluvia, creyendo oír siempre los silbidos de las dos gargantas, corriendo hacia mi casa caliente donde me esperaban mis criadas preparándome una buena cena.